

SERIE DE ESTUDIO BÍBLICO

SILENCED

Recuperando nuestra visión, nuestra voz y nuestra victoria

SILENCED

MATEO 12:22

El enemigo quiere tu silencio. Jesús quiere tu testimonio.



INTRODUCCIÓN

El enemigo quiere algo más que nuestra derrota: quiere nuestro silencio

00

Toda guerra tiene un objetivo. Los ejércitos no luchan simplemente para crear caos; luchan para ganar control. De la misma manera, las Escrituras revelan que Satanás no ataca al azar. Sus asaltos son intencionales, estratégicos y dirigidos a impedir que el propósito de Dios se cumpla en nuestras vidas. Aunque solemos concentrarnos en las batallas visibles que enfrentamos, el enemigo por lo general está luchando por algo mucho más profundo que nuestras circunstancias. Está luchando por nuestra percepción de la realidad y por nuestra confesión de fe. Si logra controlar lo que vemos y silenciar lo que decimos, ha obtenido una influencia enorme sobre cómo vivimos.

Esta verdad se ilustra vívidamente en Mateo 12:22, donde se nos presenta a un hombre cuya condición era mucho más grave que una enfermedad física.

> *Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba.*
>
> **Mateo 12:22, RVR60**

A primera vista, esto parece ser un milagro más entre muchos en el ministerio de Jesús. Sin embargo, al observar más de cerca, descubrimos un cuadro espiritual extraordinario. Este hombre no sufría de un solo problema. Estaba poseído, ciego e incapaz de hablar. Su esclavitud afectaba toda su vida. Su espíritu estaba oprimido, su visión había desaparecido y su voz le había sido robada. El enemigo no se había limitado a atacar un área de su vida; había intentado quitarle toda posibilidad de avanzar hacia la libertad.

Ese patrón no ha cambiado. Satanás sigue buscando atar a las personas espiritualmente, cegarlas ante la verdad de Dios y silenciar su testimonio. Él entiende que un creyente que no puede ver las promesas de Dios eventualmente dejará de hablar de ellas. Cuando desaparece la visión, pronto le sigue la confesión. La fe comienza a debilitarse, la esperanza se apaga y el aislamiento se convierte en el resultado natural.

Esto explica por qué muchos creyentes sinceros se encuentran atrapados en temporadas en las que ya no oran con confianza, ya no adoran con gozo ni pronuncian palabras de fe sobre sus circunstancias. No es que necesariamente hayan dejado de creer en Dios, sino que en algún punto del camino perdieron la capacidad de ver lo que Dios está haciendo. Una vez que la visión espiritual se nubla, el enemigo ataca rápidamente la boca. En vez de declarar las promesas de Dios, comenzamos a repetir nuestros temores. En vez de hablar esperanza, ensayamos el desánimo. En vez de proclamar victoria, aceptamos calladamente la derrota.

A lo largo de las Escrituras, nuestra visión y nuestra voz están inseparablemente conectadas. Hablamos según lo que llena nuestro corazón, y nuestro corazón se forma según lo que contemplamos continuamente. Por eso Pablo oró para que los ojos de los creyentes fueran alumbrados (Efesios 1:18), y por eso Jesús llamaba repetidamente a las personas a tener ojos que en verdad vean y oídos que en verdad oigan. La vista espiritual siempre precede a la confianza espiritual.

Sin embargo, la belleza de Mateo 12 no está solamente en describir la esclavitud de este hombre. La belleza está en lo que sucedió cuando se encontró con Jesús. En un solo instante, Jesús restauró lo que el infierno había robado. El mismo Salvador que abrió ojos ciegos también abrió una boca muda. El milagro no estuvo completo hasta que el hombre pudo ver y hablar de nuevo. Jesús no solo le quitó la opresión; le devolvió la capacidad de dar testimonio.

Esa misma obra continúa hoy. Cristo todavía abre ojos ciegos. Todavía restaura vidas quebrantadas. Todavía da esperanza a quienes se sienten atrapados por la vergüenza, el temor, la adicción, la desilusión o el fracaso. Y lo más importante, todavía le devuelve la voz a su pueblo redimido. Cada testimonio, cada oración de fe, cada declaración de la bondad de Dios es evidencia de que el enemigo ha perdido otra batalla.

A medida que estudiemos esta lección, descubriremos que la mayor victoria no es simplemente sobrevivir nuestras luchas. Es recuperar la visión espiritual para reconocer la mano de Dios, encontrar el valor para declarar sus promesas y convertirnos en creyentes que no solo experimentan libertad por sí mismos, sino que también llevan a otros a la presencia de Jesús. Así como alguien llevó al hombre de Mateo 12 hasta Cristo, Dios nos llama a ser personas que ayudan a otros a recuperar su visión, su voz y, en definitiva, su victoria.

SECCIÓN 1

La estrategia triple del enemigo: atar el espíritu, cegar los ojos y silenciar la voz

01

Mateo nos presenta a un hombre cuya condición capta de inmediato nuestra atención. En un solo versículo se describen tres formas distintas de esclavitud. Estaba poseído por un demonio, ciego e incapaz de hablar. Estos no eran tres problemas sin relación, sino tres síntomas de una cautividad espiritual más profunda. El enemigo había tomado control de su espíritu, le había robado la visión y le había quitado la voz. Toda su vida había quedado presa de fuerzas que él no podía vencer por sí solo.

Aunque este milagro registra una liberación literal de opresión demoníaca, también revela un patrón que se repite a lo largo de las Escrituras. Satanás siempre ha buscado atacar a la persona por completo. Rara vez se conforma con influir en un solo aspecto de nuestra vida. Su objetivo es crear parálisis espiritual. Si logra impedir que veamos con claridad y hablemos con fe, limita enormemente nuestra capacidad de caminar en el propósito de Dios.

La primera parte de la condición del hombre era la posesión. Ya sea que leamos este pasaje de manera histórica o que apliquemos sus principios espirituales a nuestra propia vida, la lección sigue siendo la misma: toda forma de esclavitud comienza cuando se entrega un territorio que pertenece a Dios. Aunque no todo creyente está poseído por un demonio, todo creyente está inmerso en una guerra espiritual. Pablo nos recuerda:

> *Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.*
>
> **Efesios 6:12, RVR60**

Nuestra lucha es, en última instancia, espiritual. El enemigo busca influir en nuestros pensamientos, nuestras emociones, nuestros deseos y nuestra confianza en la Palabra de Dios. Sus mayores victorias muchas veces se ganan mucho antes de que el pecado se manifieste externamente. Comienzan cuando el corazón se aleja poco a poco de la dependencia total de Cristo.

El segundo ataque fue contra la visión del hombre. Su ceguera era más que una discapacidad física; se convirtió en un cuadro de la ceguera espiritual. A lo largo de la Biblia, la vista suele representar el entendimiento. Cuando las personas no podían percibir la obra de Dios, las Escrituras las describían como ciegas. Jesús reprendió repetidamente a los líderes religiosos que tenían vista física pero carecían de discernimiento espiritual.

Pablo explicó este mismo principio al escribir a los corintios.

> *El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo…*
>
> **2 Corintios 4:4, RVR60**

Note que Satanás no se limita a cegar los ojos; ciega la mente. Antes de poder controlar nuestras acciones, intenta distorsionar nuestra percepción. Un creyente cegado comienza a interpretar cada circunstancia a través del temor en lugar de la fe. Cada demora se siente como abandono. Cada prueba parece permanente. Cada oración sin respuesta se convierte en evidencia de que Dios lo ha olvidado. Sus circunstancias se vuelven más ruidosas que las promesas de Dios.

Esto explica por qué la visión espiritual es tan esencial. La fe no la producen las circunstancias favorables, sino ver la vida a través de las promesas de Dios. Abraham miró más allá de su vejez porque vio la promesa. Moisés soportó Egipto porque vio al Invisible (Hebreos 11:27). Eliseo permaneció en calma rodeado de ejércitos enemigos porque sus ojos estaban fijos en el ejército mayor del cielo (2 Reyes 6:16-17). A lo largo de las Escrituras, el pueblo de Dios siempre vivió conforme a lo que podía ver espiritualmente y no conforme a lo que parecía de manera natural.

El ataque final fue contra la voz del hombre. Una vez que su visión desapareció, su capacidad de hablar desapareció también. Esto no es coincidencia. Las Escrituras conectan constantemente nuestra boca con nuestra fe. Jesús enseñó:

> *De la abundancia del corazón habla la boca.*
>
> **Mateo 12:34, RVR60**

Lo que llena el corazón termina fluyendo por la boca. Cuando la fe llena el corazón, se habla esperanza. Cuando el temor domina el corazón, el temor se vuelve nuestra confesión. Por eso Satanás lucha tan agresivamente por nuestras palabras. Él entiende que el silencio a menudo logra lo que la rebelión abierta no puede.

Muchos creyentes no niegan abiertamente a Cristo; simplemente han dejado de hablar. Ya no oran con expectativa. Ya no dan testimonio de la bondad de Dios. Ya no animan a otros con lo que Dios ha hecho. Su adoración se vuelve más silenciosa, sus oraciones se acortan y su confianza se desvanece poco a poco. El enemigo sabe que un creyente silencioso suele ser un creyente aislado, y el aislamiento es una de sus mayores armas. Como observó el pastor Tisdale, Satanás no solo quiere que luchemos; quiere que luchemos en silencio, porque el silencio produce aislamiento, y el aislamiento permite que la esclavitud se profundice.

Sin embargo, este pasaje también revela una verdad increíble sobre el ministerio de Jesús. Cristo no sanó solo una parte de la condición del hombre. Atendió el problema completo. Cuando Jesús quitó la esclavitud espiritual, la ceguera desapareció y la voz regresó. La liberación restauró tanto la visión como el testimonio. El milagro estuvo completo porque el hombre ahora podía ver lo que nunca había visto y declarar lo que nunca había podido decir.

El mismo Salvador sigue obrando así hoy. Él no se limita a perdonar nuestros pecados dejándonos atrapados en el temor. Abre nuestros ojos espirituales para que reconozcamos su fidelidad. Restaura nuestra voz para que proclamemos su bondad. Cada testimonio es evidencia de que el enemigo ha perdido terreno. Cada oración de fe declara que Cristo sigue siendo mayor que toda cadena, toda

mentira y toda estrategia de las tinieblas.

Esta primera sección nos enseña una verdad fundamental para el resto de este estudio: el enemigo busca atar nuestro espíritu, cegar nuestra visión y silenciar nuestra voz, pero Jesús restaura las tres cosas.

Donde Satanás trae cautividad, Cristo trae libertad.
Donde Satanás trae ceguera, Cristo trae revelación.
Donde Satanás trae silencio, Cristo levanta un testimonio que glorifica a Dios.



SECCIÓN 2

Lo que permanece sin decirse permanece sin sanar

02

Una de las afirmaciones más memorables del mensaje del pastor Tisdale fue esta:

Lo que permanece sin decirse permanece sin sanar.

Es una frase sencilla, pero revela una de las estrategias más antiguas y efectivas del enemigo. Satanás entiende que mientras nuestras luchas permanezcan ocultas detrás del temor, la vergüenza o el orgullo, es mucho menos probable que sean confrontadas por el poder sanador de Dios. Su meta no es solo tentarnos a pecar; su meta es convencernos de que debemos pelear contra nuestro pecado a solas.

Esto es exactamente lo que vemos en el hombre de Mateo 12. Su incapacidad para hablar era más que una limitación física. Se convirtió en un cuadro de aislamiento espiritual. No podía explicar su dolor. No podía pedir ayuda. No podía dar testimonio de esperanza. Estaba atrapado dentro de una prisión que nadie podía entender del todo. Su silencio se convirtió en parte de su esclavitud.

Muchos creyentes hoy experimentan una lucha similar. Asisten fielmente a la iglesia, cantan las canciones y sonríen durante la comunión, y sin embargo cargan heridas profundas que nadie conoce. Han aprendido a esconderse detrás de las apariencias. Para todos los demás, todo parece estar bien, mientras que por dentro están agotados, desanimados y luchando batallas que creen que nadie más podría entender.

Al enemigo le encanta este tipo de aislamiento porque el secreto suele ser el terreno donde crece la esclavitud. El pecado madura en la oscuridad. El temor se vuelve más fuerte cuando nunca se lo confronta. La vergüenza aumenta cuando nunca se la saca a la luz. Lo que comienza como una lucha privada puede terminar convirtiéndose en una prisión, porque el silencio le da espacio para crecer.

Por eso Santiago le da a la iglesia un mandato que resulta incómodo para nuestra naturaleza humana.

> *Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados.*
>
> **Santiago 5:16, RVR60**

Note que Santiago no se limita a decirles a los creyentes que oren. Coloca la confesión antes de la sanidad. Ese orden es significativo. El diseño de Dios para la iglesia nunca ha sido una reunión de personas perfectas que fingen no tener debilidades. Es una familia de personas redimidas que se ayudan mutuamente a ser sanadas.

Este versículo con frecuencia se ha malinterpretado. Santiago no está enseñando la humillación pública ni la exposición imprudente de nuestra vida personal. Las Escrituras nunca fomentan la transparencia irresponsable. Más bien, Santiago enseña la importancia de relaciones espirituales de confianza donde la honestidad pueda conducir a la oración, la rendición de cuentas y la restauración. La confesión no consiste en anunciar nuestros fracasos a todo el mundo; consiste en negarnos a permitir que la vergüenza nos aísle de las personas que Dios ha puesto en nuestra vida para nuestra sanidad.

El pastor Tisdale abordó algo con lo que muchas iglesias luchan. Con frecuencia queremos que Dios nos sane en privado, sin que nadie sepa que estamos heridos. Nuestras oraciones a veces se convierten en: “Señor, transfórmame, pero no me expongas. Líbrame, pero que nadie sepa lo que he estado enfrentando.” Sin embargo, las Escrituras muestran repetidamente que Dios suele obrar a través de la comunidad. La sanidad fluye donde hay humildad, y la humildad requiere honestidad.

Lo opuesto a la confesión es la simulación. Simular puede preservar nuestra imagen, pero rara vez produce transformación. A lo largo de los Evangelios, las personas que experimentaron los mayores milagros fueron a menudo las que estuvieron dispuestas a reconocer su necesidad. El ciego Bartimeo clamó públicamente por misericordia. La mujer con flujo de sangre admitió lo que había sucedido después de tocar el manto de Jesús. El hijo pródigo confesó su pecado ante su padre. Ninguno de ellos encontró sanidad protegiendo su reputación. La encontraron llevando su quebranto a la presencia de la gracia.

Los líderes religiosos, sin embargo, a menudo eligieron el camino opuesto. Mantenían cuidadosamente una apariencia de justicia mientras resistían al único que podía sanarlos. El orgullo los cegó más de lo que la enfermedad jamás cegó a los pobres y quebrantados que se acercaban a Jesús. Su mayor obstáculo no era la ignorancia, sino la negativa a admitir su necesidad.

Este sigue siendo uno de los mayores peligros que enfrenta la iglesia moderna. Podemos volvernos expertos en aparentar salud espiritual mientras cargamos en silencio heridas que siguen moldeando nuestros pensamientos, nuestras relaciones y nuestras decisiones. Podemos convencer a otros de que todo está bajo control, mientras luchamos en privado con el temor, la amargura, la adicción, la ansiedad, el resentimiento o el desánimo. Las apariencias externas pueden engañar a las personas, pero nunca engañan a Dios.

David entendió esto después de su propio fracaso. Durante meses guardó silencio sobre su pecado. En el Salmo 32 describe lo que ese silencio le provocó.

> *Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día.*
>
> **Salmo 32:3, RVR60**

Note que el silencio de David no lo protegió; lo consumió. La carga se hacía más pesada mientras más tiempo la llevaba solo. Solo cuando reconoció su pecado delante de Dios comenzaron a fluir el perdón y la restauración.

Este principio va más allá de la confesión de pecado. Muchos creyentes permanecen en silencio sobre el duelo, la desilusión, la tentación, el temor o el agotamiento emocional. Suponen que la madurez significa nunca admitir debilidad. Sin embargo, Pablo mostró algo muy distinto. Habló abiertamente de sus aflicciones, de sus debilidades y hasta de su “aguijón en la carne.” Su honestidad no disminuyó su ministerio; magnificó la gracia de Dios.

La iglesia debería ser el lugar más seguro del mundo para que las personas quebrantadas comiencen a sanar. Esto no significa que celebremos el pecado ni que ignoremos la santidad. Más bien, significa que entendemos la diferencia entre la condenación y la restauración. El pastor Tisdale hizo esta distinción de manera hermosa cuando le recordó a la congregación que la confesión no es munición; es una invitación a la comunión. Cuando los creyentes usan la confesión de otra persona como chisme o como juicio, violan el propósito mismo para el cual Dios estableció la comunidad bíblica. Pero cuando la confesión se recibe con misericordia, oración y rendición de cuentas, comienza la sanidad.

En última instancia, Satanás quiere que creamos que nuestra lucha es única y que nadie la entendería si conociera la verdad. El evangelio declara lo contrario. Cristo ha creado su iglesia para que sea un lugar donde la gracia es más fuerte que la vergüenza, donde la verdad se habla en amor y donde las personas quebrantadas se ayudan mutuamente a caminar hacia la restauración.

El hombre de Mateo 12 no podía hablar por sí mismo, pero otros hablaron a través de sus acciones al llevarlo hasta Jesús. Esa es la belleza del cuerpo de Cristo. Habrá temporadas en las que nuestra propia fe se sienta débil, nuestras propias palabras parezcan ausentes y nuestra propia visión se nuble. En esos momentos, Dios a menudo coloca a nuestro lado hermanos y hermanas fieles que creerán hasta que nosotros podamos creer de nuevo, orarán hasta que nosotros podamos orar de nuevo, y nos recordarán que lo que finalmente se saca a la luz ya no tiene que permanecer encadenado.

SECCIÓN 3

Nunca fuimos hechos para caminar solos

03



Uno de los detalles más pequeños del relato de Mateo es también uno de los más significativos. Antes de que Jesús realizara el milagro, Mateo registra estas sencillas palabras:

> *Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo…*
>
> **Mateo 12:22, RVR60**

El hombre no llegó a Jesús por sí solo. Alguien lo trajo.

Esa sola frase cambia toda la perspectiva del milagro. Antes de que el ciego pudiera ver, alguien más tuvo que ver por él. Antes de que el mudo pudiera pedir ayuda, alguien más habló a través de sus acciones. Antes de que el hombre atado pudiera caminar hacia la libertad, alguien más estuvo dispuesto a interrumpir su propia vida para llevarlo a la presencia de Cristo.

Esto revela uno de los diseños más grandes de Dios para su iglesia: Él a menudo usa a las personas como el puente que lleva a otras personas hasta Jesús.

La cultura occidental celebra la independencia. Admiramos a la persona que supera cada obstáculo por sí sola. Con frecuencia describimos la fortaleza como no necesitar a nadie. Sin embargo, el Reino de Dios enseña algo completamente distinto. La madurez espiritual no se mide por cuán poco dependemos de otros, sino por cuán fielmente vivimos dentro del cuerpo de Cristo.

Pablo describe a la iglesia como un cuerpo en 1 Corintios 12. Cada miembro depende de los demás. Un ojo no puede funcionar sin el cuerpo. Una mano no puede declararse innecesaria. Incluso el creyente más fuerte eventualmente llega a momentos en los que necesita el ánimo, la sabiduría, la oración o la fe de alguien más.

Esto explica por qué el aislamiento es una de las armas favoritas de Satanás. Mucho antes de destruir a un creyente, por lo general lo separa primero. Lo convence de que nadie lo entiende, de que a nadie le importa, o de que su lucha es demasiado vergonzosa para compartirla. Poco a poco se retira de la comunión, deja de pedir oración, se desconecta de la autoridad espiritual y eventualmente comienza a cargar pesos que nunca debió llevar solo.

Pedro nos advierte:

> *Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.*
>
> **1 Pedro 5:8, RVR60**

Note que los leones rara vez atacan el centro de la manada. Buscan al animal aislado. La separación aumenta la vulnerabilidad. El mismo principio es cierto espiritualmente. El creyente que camina solo se convierte en un blanco más fácil que el creyente rodeado de relaciones piadosas.

Por eso el pastor Tisdale enfatizó que hay temporadas en las que simplemente necesitamos que alguien nos tome de la mano y nos diga: “Vamos a Jesús.” Hay momentos en los que nuestra propia fe se siente agotada, nuestra visión se nubla y nuestras palabras nos fallan. Durante esas temporadas, Dios a menudo envía creyentes fieles que se niegan a dejarnos sufrir solos. Puede que no resuelvan nuestros problemas, pero pueden llevarnos a la presencia de Aquel que sí puede.

A lo largo de las Escrituras, algunos de los milagros más grandes de Dios ocurrieron porque alguien estuvo dispuesto a cargar a otra persona.

El paralítico de Marcos capítulo 2 no podía llegar hasta Jesús debido a su condición y a la multitud que rodeaba la casa. Cuatro amigos se negaron a aceptar la derrota. Subieron al techo, quitaron parte de él y bajaron a su amigo directamente delante de Jesús. El milagro comenzó mucho antes de que Jesús pronunciara sanidad sobre el hombre. Comenzó cuando cuatro personas comunes decidieron que no permitirían que alguien a quien amaban permaneciera fuera de la presencia de Cristo.

Moisés necesitó que Aarón y Hur le sostuvieran las manos mientras Israel luchaba contra Amalec (Éxodo 17:8-13). Cuando Moisés permaneció solo, su fuerza falló. Cuando otros lo sostuvieron, la victoria regresó. Incluso el líder más grande de Israel necesitó personas fieles a su lado.

Pablo también entendió este principio. Aunque era apóstol, mencionaba constantemente a colaboradores que lo fortalecían. Bernabé lo animó cuando otros cuestionaban su conversión. Silas adoró junto a él en la cárcel. Timoteo refrescó su espíritu. Lucas permaneció fiel cuando muchos otros lo abandonaron. El Nuevo Testamento nunca presenta el cristianismo como un viaje solitario.

Salomón resumió esto de manera hermosa:

> *Mejores son dos que uno, porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero… y cordón de tres dobleces no se rompe pronto.*
>
> **Eclesiastés 4:9-12, RVR60**

La sabiduría de Salomón no es solo práctica; es profundamente espiritual. Dios nos diseñó para ayudarnos a cargar mutuamente las temporadas de debilidad. Todos experimentamos momentos en los que nuestra propia fuerza es insuficiente. Durante esos momentos, la fe de otro creyente puede convertirse en el sostén que nos mantiene en pie hasta que nuestra propia fuerza se renueve.

Esta verdad también transforma la manera en que vemos el ministerio. Muchas personas creen que el ministerio pertenece solo a pastores, evangelistas o misioneros. Sin embargo, Mateo 12 nos recuerda que las personas anónimas que trajeron a este hombre ante Jesús participaron en el milagro con la misma certeza que el milagro mismo. Sus nombres nunca quedaron registrados. Nunca recibieron reconocimiento público. Sin embargo, el cielo recuerda su compasión.

A veces el ministerio más grande que jamás tendremos es simplemente negarnos a dejar que alguien luche solo.

Puede que nunca prediquemos a miles, pero podemos orar con un amigo herido. Puede que nunca estemos detrás de un púlpito, pero podemos sentarnos junto a alguien que carga un dolor insoportable. Puede que nunca hagamos un milagro, pero podemos llevar fielmente a las personas a la presencia del Hacedor de milagros.

El pastor Tisdale retó a la iglesia con un recordatorio poderoso: no hemos sido llenos del Espíritu Santo solamente para disfrutar la presencia de Dios nosotros mismos. Hemos sido capacitados para ayudar a otros a experimentar su liberación. Cada testimonio que poseemos, cada victoria que Dios nos ha dado y cada lección aprendida a través de nuestras propias pruebas se convierte en una herramienta que Dios puede usar para fortalecer la fe de alguien más.

Esto también debería moldear la manera en que evaluamos nuestras relaciones más cercanas. Las amistades saludables no son solo agradables; tienen una dirección espiritual. Las personas más cercanas a nosotros deberían acercarnos constantemente a Cristo, no alejarnos de Él. Deberían animar la oración en lugar del compromiso, la fe en lugar del temor, el arrepentimiento en lugar de las excusas, y la esperanza en lugar de la desesperación.

Una de las aplicaciones más prácticas de este pasaje es una pregunta sencilla: ¿A quién estamos llevando a Jesús?

Cada uno de nosotros conoce a alguien cuyos ojos espirituales se han oscurecido. Alguien cuya voz ha sido silenciada por la desilusión, la vergüenza, el temor, la adicción, el duelo o el desánimo. Puede que ya no sepan cómo orar. Puede que ni siquiera crean que la libertad sea posible. Pero quizá Dios nos ha puesto en su vida precisamente con este propósito. Como las personas anónimas de Mateo 12, tenemos el privilegio de tomar a alguien de la mano y decirle: “Ven conmigo. Vamos a Jesús.”

La iglesia cumple su misión más grande cuando se convierte en una comunidad de creyentes que constantemente se llevan unos a otros a la presencia de Cristo. No somos espectadores que observan a las personas luchar. Somos colaboradores en la obra redentora de Dios, creyendo que ninguna historia termina hasta que Jesús ha dicho la última palabra.



SECCIÓN 4

La iglesia no es un museo, es un lugar de restauración

04

Mientras Jesús ministraba por toda Galilea, una verdad se volvió innegablemente clara: las personas quebrantadas se sentían atraídas hacia Él. Los leprosos venían. Los ciegos clamaban. Los publicanos buscaban su compañía. Mujeres con reputaciones destrozadas encontraban esperanza en su presencia. Los padres le llevaban a sus hijos enfermos. Incluso aquellos a quienes la sociedad consideraba irredimibles descubrían que Cristo los recibía.

Esto no debería sorprendernos, porque el mismo Jesús declaró:

> *Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos… porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.*
>
> **Mateo 9:12-13, RVR60**

Un médico no construye su consulta atendiendo a personas sanas. Su propósito es restaurar a los que sufren. De la misma manera, Cristo estableció su iglesia no como una vitrina para personas perfectas, sino como un lugar donde las vidas quebrantadas pueden encontrar una gracia transformadora.

Esta verdad se refleja hermosamente en Mateo 12. Los hombres que llevaron ante Jesús al poseído, ciego y mudo no estaban preocupados por las apariencias. No les inquietaba cuán incómoda pudiera volverse la situación. Simplemente entendían que si lograban llevarlo a la presencia de Jesús, la sanidad era posible. Su prioridad era la restauración, no la reputación.

Lamentablemente, la naturaleza humana a menudo nos empuja en la dirección opuesta. Naturalmente preferimos ambientes donde se oculta la debilidad y se exhibe la fortaleza. Nos volvemos expertos en crear apariencias pulidas mientras cargamos en silencio pesos enormes. Es posible asistir fielmente a la iglesia, levantar las manos durante la adoración, saludar a las personas con una sonrisa, y aun así sentirse completamente solo porque nadie conoce la batalla que ocurre en nuestro interior.

El peligro está en que las apariencias pueden crear la ilusión de salud mientras impiden la sanidad genuina.

A lo largo de los Evangelios, Jesús confrontó repetidamente esta tendencia entre los fariseos. Habían perfeccionado la justicia externa mientras descuidaban la condición de su corazón.

Él les dijo:

> *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos.*
>
> **Mateo 23:27, RVR60**

Jesús no estaba condenando la limpieza ni la santidad. Estaba exponiendo el peligro de preocuparse más por la apariencia que por la transformación. La religión externa puede esconder la esclavitud

interna si no estamos dispuestos a permitir que Cristo trate los asuntos más profundos del corazón.

Por eso el pastor Tisdale hizo una declaración tan profunda durante el sermón: “La iglesia no es un museo.” Los museos existen para preservar lo que ya es. Nada cambia dentro de un museo. Todo permanece exactamente donde siempre ha estado. Pero la iglesia nunca fue creada para preservar el quebranto. La iglesia existe para ver vidas transformadas por el poder de Jesucristo.

Esa transformación requiere una atmósfera donde la gracia y la verdad trabajen juntas. La gracia sin verdad tolera el pecado en lugar de confrontarlo. La verdad sin gracia hiere a las personas en lugar de restaurarlas. Jesús encarnó ambas a la perfección.

Juan lo describe de esta manera:

> *Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros… lleno de gracia y de verdad.*
>
> **Juan 1:14, RVR60**

Note que Jesús nunca sacrificó una por la otra. Amaba tanto a las personas que no las dejaba en esclavitud, pero también las amaba tanto que no las condenaba sin ofrecerles esperanza.

Vemos este equilibrio hermosamente en la historia de la mujer sorprendida en adulterio. Jesús se negó a condenarla, pero tampoco excusó su pecado. Después de silenciar a sus acusadores, simplemente le dijo:

> *Ni yo te condeno; vete, y no peques más.*
>
> **Juan 8:11, RVR60**

La gracia restauró su dignidad. La verdad redirigió su futuro.

Eso también debe convertirse en la cultura de la iglesia local.

Cuando alguien confiesa un fracaso, nuestra primera respuesta nunca debería ser el chisme. Nunca debería ser la sospecha. Nunca debería convertirse en una oportunidad para elevarnos señalando la debilidad de otro. En cambio, nuestra respuesta debería ser la misma de Cristo: extender misericordia mientras señalamos hacia la transformación.

Precisamente por esto Santiago conectó la confesión con la oración y no con la condenación. El propósito de la honestidad no es la humillación. El propósito de la honestidad es la sanidad.

Tristemente, muchos creyentes permanecen atrapados porque temen la reacción de otros cristianos más de lo que confían en la misericordia de Dios. Suponen que si las personas conocieran sus luchas, serían rechazados. Aunque ese temor es comprensible, revela por qué toda iglesia saludable debe cultivar intencionalmente una cultura de restauración.

Pablo instruyó a la iglesia de Galacia:

> *Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre.*
>
> **Gálatas 6:1, RVR60**

Note la elección de palabras de Pablo. No dijo avergonzadlo. No dijo exponedlo. No dijo abandonadlo.

Dijo: restauradle.

La idea griega detrás de la restauración se usaba a menudo para describir el volver a colocar un hueso quebrado en su lugar. Es un trabajo cuidadoso. Requiere paciencia. Puede implicar incomodidad, pero la meta siempre es la sanidad, nunca la destrucción.

Eso es exactamente lo que Jesús hizo en Mateo 12. No avergonzó públicamente al hombre poseído. No lo interrogó delante de la multitud. Simplemente liberó lo que había estado atado, restauró lo que había estado quebrantado y le devolvió al hombre lo que el enemigo le había robado. El milagro se convirtió en un testimonio de la compasión de Cristo, no en la vergüenza del hombre.

Esto nos reta a todos a hacernos una pregunta importante: ¿en qué tipo de iglesia nos estamos convirtiendo?

¿Somos una comunidad donde las personas sienten que deben esconderse hasta tener todo resuelto? ¿O somos una familia donde las personas pueden decir con honestidad, “estoy luchando,” sabiendo que serán recibidas con oración, ánimo, rendición de cuentas y esperanza?

Las iglesias más saludables no son las que tienen menos personas quebrantadas. Son aquellas donde las personas quebrantadas constantemente se vuelven íntegras por el poder de Jesucristo.

Cuando eso sucede, la iglesia cumple su misión dada por Dios. Deja de ser una reunión donde las personas simplemente asisten a los cultos y se convierte exactamente en lo que Cristo quiso: un lugar donde los cautivos encuentran libertad, donde los ciegos recobran la vista, donde los silenciados recobran su testimonio, y donde cada vida restaurada se convierte en evidencia viva de que Jesús todavía sana, todavía libera y todavía transforma.

SECCIÓN 5

Los redimidos deben recuperar su voz

05

Uno de los momentos más hermosos de Mateo 12 ocurre después de que Jesús expulsa al espíritu inmundo. Mateo no solo nos dice que el hombre fue liberado. Nos dice que “el ciego y mudo veía y hablaba.” Jesús restauró tanto su visión como su voz. El milagro no estuvo completo hasta que el hombre pudo declarar una vez más lo que Dios había hecho en su vida.

Este detalle es significativo porque, a lo largo de las Escrituras, Dios siempre ha deseado un pueblo que hable. Su pueblo nunca se describe como espectadores silenciosos. Son adoradores, testigos, proclamadores y heraldos de su bondad. Su boca se convierte en el instrumento a través del cual la gloria de Dios se da a conocer al mundo.

El enemigo entiende este principio, por eso lucha tan agresivamente contra nuestro testimonio. Si no puede impedir que recibamos la gracia de Dios, intentará impedir que hablemos de ella. Sabe que un testimonio compartido tiene el poder de despertar fe en otra persona. La historia de redención de una persona se convierte en la razón de otra para creer que Dios puede hacer lo mismo por ella.

Por esto precisamente el salmista declaró:

> *Díganlo los redimidos de Jehová, los que ha redimido del poder del enemigo.*
>
> **Salmo 107:2, RVR60**

Note el mandato. El salmo no solo dice que los redimidos deben existir. Dice que deben decirlo. La redención nunca fue diseñada para permanecer en privado. La obra salvadora de Dios merece ser proclamada.

El Salmo 107 sigue repetidamente el mismo patrón. Las personas se encuentran en situaciones desesperadas. Algunos vagan por el desierto. Otros se sientan en tinieblas y sombra de muerte. Algunos están afligidos por su propia insensatez. Otros están atrapados en tormentas que no pueden controlar. Sin embargo, cada sección llega al mismo punto de quiebre:

> *Entonces clamaron a Jehová en su angustia, y los libró de sus aflicciones.*
>
> **Salmo 107:6, 13, 19, 28, RVR60**

Después de cada liberación viene la invitación a la alabanza.

El patrón es intencional. Dios libera para que su pueblo pueda declarar su fidelidad. Cada testimonio se convierte en otro testigo de su misericordia.

El pastor Tisdale enfatizó que muchos de nosotros malinterpretamos lo que significa “decirlo.” A menudo lo reducimos a decir: “Sí, soy salvo.” Aunque eso ciertamente es cierto, el Salmo 107 nos llama a algo mucho más rico. Los redimidos están invitados a contar la historia. Dicen: “Estaba perdido, pero Él me encontró. Estaba quebrantado, pero Él me restauró. Estaba atado, pero Él me libertó. Estaba errante, pero Él me llevó a casa.”

A lo largo del Nuevo Testamento, el testimonio se convierte en uno de los métodos principales de Dios para hacer avanzar su Reino.

Cuando Jesús sanó al hombre poseído por una legión de demonios, el hombre le rogó viajar con Él. Jesús rechazó la petición y en su lugar le dio una encomienda.

> *Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo tuvo misericordia de ti.*
>
> **Marcos 5:19, RVR60**

El primer misionero a Decápolis no era un teólogo entrenado. Era un hombre cuya vida había sido transformada. Su credibilidad no venía de una educación formal, sino de una experiencia personal con Jesús.

De igual manera, cuando los líderes religiosos ordenaron a Pedro y a Juan que dejaran de predicar a Cristo, ellos respondieron:

> *Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.*
>
> **Hechos 4:20, RVR60**

Un encuentro genuino con Jesús naturalmente produce un testimonio que se niega a permanecer en silencio.

Por eso el enemigo ataca continuamente nuestra voz. Sabe que el silencio beneficia a las tinieblas. Una iglesia silenciosa puede seguir reuniéndose cada domingo, pero pierde una de sus mayores influencias sobre el mundo. Cuando los creyentes dejan de hablar de la fidelidad de Dios, la próxima generación comienza a suponer que los milagros pertenecen solo a los tiempos bíblicos.

Sin embargo, cada testimonio declara lo contrario.

Cada sanidad nos recuerda que Jesús todavía sana.
Cada matrimonio restaurado nos recuerda que Jesús todavía restaura.
Cada adicción vencida nos recuerda que Jesús todavía libera.
Cada vida transformada nos recuerda que Jesús todavía hace nuevas todas las cosas.

Durante el sermón, el pastor Tisdale invitó a varias personas a dar testimonio público de lo que Dios había hecho en sus vidas. Uno de los testimonios vino de un pastor que compartió abiertamente que alguna vez estuvo atrapado en la adicción a la cocaína, pero que había sido completamente

transformado por la gracia de Dios. Su disposición a hablar hizo más que contar su historia; desmanteló la narrativa del enemigo. Lo que Satanás quiso convertir en una identidad de por vida se había convertido en un testimonio de redención.

Esto ilustra un principio espiritual profundo. Satanás siempre quiere que nuestros fracasos se conviertan en nuestra identidad. Dios siempre quiere que su gracia se convierta en nuestra identidad.

El enemigo dice: "Tú eres tu adicción."
Jesús dice: "Tú eres redimido."
El enemigo dice: "Tú eres tu peor error."
Jesús dice: "Tú eres una nueva criatura."
El enemigo dice: "Tu historia terminó en fracaso."
Jesús dice: "Tu testimonio apenas comienza."

Pablo entendió esta transformación cuando escribió:

> *De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.*
>
> **2 Corintios 5:17, RVR60**

Note que Pablo no dice que nuestro pasado nunca ocurrió. Más bien, declara que nuestro pasado ya no define quiénes somos. La redención reescribe nuestra identidad sin borrar la evidencia de la gracia de Dios.

Por eso el testimonio es un arma tan poderosa en la guerra espiritual. Apocalipsis revela que los creyentes vencen a Satanás:

> *Por la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio de ellos.*
>
> **Apocalipsis 12:11, RVR60**

La sangre compró nuestra victoria, pero nuestro testimonio anuncia esa victoria al mundo.

Cada vez que le contamos a alguien lo que Cristo ha hecho en nuestra vida, le quitamos al enemigo otra oportunidad de usar la vergüenza en contra nuestra. Lo que antes producía vergüenza ahora produce adoración. Lo que antes representaba derrota ahora proclama el triunfo de Dios.

Los redimidos no están llamados a vivir en silencio en un rincón del Reino de Dios. Estamos llamados a convertirnos en testigos vivos de su misericordia. Nuestro testimonio les recuerda a los creyentes cansados que la esperanza todavía existe. Fortalece a quienes están peleando batallas similares a las

que Dios ya nos ayudó a superar. Señala a los incrédulos hacia el Salvador que puede hacer por ellos exactamente lo que ha hecho por nosotros.

El hombre de Mateo 12 recuperó algo más que su habla. Recuperó su propósito. La boca que una vez había estado muda ahora podía glorificar a Dios. La voz que una vez había sido controlada por la esclavitud ahora proclamaba libertad.

El mismo Cristo que abrió su boca sigue abriendo la nuestra hoy, llamando a todo creyente redimido a declarar con confianza:

“El Señor me ha redimido de la mano del enemigo, y no permaneceré en silencio.”

SECCIÓN 6

La redención no está completa hasta que el enemigo pierde su narrativa

06

Una de las declaraciones más poderosas del mensaje del pastor Tisdale fue que la redención no está completa hasta que el enemigo pierde tanto su dominio como su narrativa. Esta verdad va mucho más allá del milagro físico registrado en Mateo 12 y expone una de las armas más sutiles de Satanás. Muchas veces, el enemigo ya no tiene autoridad sobre la vida de una persona, pero sigue intentando controlar la historia que esa persona cree sobre sí misma. Sabe que si ya no puede mantener a alguien en esclavitud, quizás todavía pueda lograr que viva como si lo estuviera. A través de la vergüenza, la condenación y los recuerdos dolorosos, intenta convencer a los creyentes de que están definidos para siempre por sus peores decisiones en lugar de por la gracia redentora de Dios. El milagro de la salvación no solo rompe cadenas; también reescribe la identidad.

Desde el mismo comienzo de las Escrituras vemos esta estrategia en acción. Después de que Adán y Eva pecaron en el jardín del Edén, se escondieron de inmediato de la presencia de Dios. Antes de que el pecado entrara al mundo, caminaban abiertamente con su Creador sin temor ni vergüenza. Después del pecado, sin embargo, creyeron que se habían convertido en personas que ya no pertenecían a su presencia. Nada en el carácter de Dios había cambiado, pero todo en la historia que ellos creían había cambiado. La vergüenza los convenció de esconderse en lugar de correr hacia Aquel que podía restaurarlos. Desde ese momento, Satanás ha seguido usando la misma táctica. Susurra que el fracaso ha cambiado permanentemente nuestra identidad, que nuestros errores son demasiado grandes para superarlos y que nuestro pasado siempre definirá nuestro futuro. Sin embargo, el evangelio declara constantemente todo lo contrario.

La vida de Pedro ilustra esta verdad hermosamente. Solo horas después de declarar con confianza que jamás negaría a Jesús, lo negó tres veces antes de la crucifixión. El peso de su fracaso era abrumador, y las Escrituras nos dicen que Pedro salió y lloró amargamente. Le hubiera sido fácil creer que su ministerio había terminado antes de haber comenzado en verdad. Sin duda, el enemigo quería que Pedro creyera que ya no era digno de seguir a Cristo, mucho menos de liderar su iglesia. Sin embargo, después de la resurrección, Jesús buscó intencionalmente a Pedro. De pie junto al mar de Galilea, Jesús no comenzó repasando los fracasos de Pedro. En cambio, le preguntó repetidamente: “¿Me amas?” (Juan 21:15-17). Con cada pregunta, Jesús restauraba lo que la vergüenza había intentado destruir. Luego le dio a Pedro una comisión: “Apacienta mis ovejas.” Cristo no solo perdonó a Pedro; restauró su llamado. La narrativa del enemigo decía que Pedro estaba descalificado, pero Jesús declaró que Pedro todavía tenía un propósito.

Este patrón aparece a lo largo de toda la Biblia. Abram se convirtió en Abraham. Jacob se convirtió en Israel. Simón se convirtió en Pedro. Saulo se convirtió en Pablo. Dios demuestra repetidamente que Él no está limitado por el pasado de una persona. Se especializa en dar nuevas identidades a quienes le entregan su vida. Ninguno de estos hombres tuvo una historia intachable. Cometieron errores, experimentaron fracasos y cargaron remordimientos, y sin embargo la gracia de Dios demostró ser más grande que cada capítulo de su pasado. La redención nunca ignora dónde hemos estado, pero tampoco permite que nuestro pasado determine hacia dónde vamos.

Quizás nadie entendió esto mejor que el apóstol Pablo. Antes de su conversión, Pablo persiguió violentamente a la iglesia. Encarceló a creyentes y aprobó la ejecución de Esteban. Según cualquier estándar humano, su pasado debería haberlo descalificado permanentemente para el ministerio. Sin

embargo, años después Pablo escribió con confianza: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Corintios 15:10). Note lo que no dijo. No dijo: “Soy lo que mis fracasos me hicieron,” ni dijo: “Soy lo que la gente recuerda de mí.” Su identidad ya no estaba arraigada en su historia, sino en la gracia de Dios. La misericordia se había vuelto más fuerte que la memoria, y el llamado de Dios se había vuelto más grande que sus errores.

Por esto Apocalipsis declara que los creyentes vencen a Satanás “por la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio de ellos” (Apocalipsis 12:11). La sangre de Jesús derrota la acusación de Satanás delante de Dios, mientras que nuestro testimonio derrota la narrativa de Satanás delante del mundo. Cada vez que declaramos abiertamente lo que Cristo ha hecho en nuestra vida, le quitamos otra arma de las manos al enemigo. El testimonio no es autopromoción; es una declaración pública de que la gracia de Dios es más grande que el pecado, el fracaso, la adicción, el temor o la vergüenza. Nos recuerda que nuestra identidad ya no la determina dónde hemos estado, sino quién nos ha redimido.

El pastor Tisdale ilustró hermosamente este principio al animar a quienes habían experimentado el poder transformador de Dios a hablar abiertamente sobre su bondad. Explicó que cada testimonio deja “migajas de pan” para alguien más que está tratando de encontrar el camino a casa. Una persona que lucha con la adicción escucha el testimonio de otro creyente y descubre que la libertad es posible. Alguien que batalla con la depresión escucha cómo Dios restauró el gozo de otra persona y comienza a creer de nuevo. Un matrimonio quebrantado encuentra esperanza después de escuchar la historia de restauración de otra pareja. Los testimonios hacen mucho más que celebrar el pasado; construyen fe para el futuro de alguien más.

El enemigo entiende el poder del testimonio, por eso urge constantemente a los creyentes a permanecer en silencio. La vergüenza dice: “No le cuentes a nadie de lo que Dios te sacó.” El temor susurra: “La gente nunca te respetará si conoce tu pasado.” El orgullo nos anima a proteger nuestra imagen en lugar de magnificar la misericordia de Dios. Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, el pueblo de Dios eligió consistentemente la transparencia por encima del secreto. David escribió con honestidad sobre sus fracasos. Pedro predicó con audacia después de haber negado a Cristo. Pablo recordaba repetidamente a las iglesias la vida de la cual Dios lo había rescatado. Ninguno de ellos glorificó su pecado, pero todos glorificaron la gracia de Dios.

El hombre de Mateo 12 sin duda salió con una historia completamente distinta a la que había llevado consigo al entrar a la presencia de Jesús. Ya no era identificado por la ceguera, la mudez o la esclavitud. Su identidad se volvió inseparable del milagro que Cristo había realizado. Lo mismo es cierto para todo creyente hoy. El enemigo quiere que se nos recuerde por nuestros fracasos, pero Jesús quiere que se nos conozca por su redención. Cuando Cristo reescribe nuestra historia, el enemigo no solo pierde su dominio sobre nuestra vida, también pierde el derecho de definir quiénes somos.

SECCIÓN 7

Presos de la esperanza, no presos de nuestro pasado

07



Mientras el pastor Tisdale avanzaba hacia la conclusión de su mensaje, presentó un pasaje que cambia por completo la manera en que los creyentes deben ver su futuro. Después de hablar sobre la redención, el testimonio y la restauración de nuestra voz, se dirigió a las palabras del profeta Zacarías:

> *Volveos a la fortaleza, presos de esperanza; hoy también os anuncio que os restauraré el doble.*
>
> **Zacarías 9:12, RVR60**

A primera vista, la frase “presos de esperanza” casi suena contradictoria. Normalmente asociamos el encarcelamiento con la desesperación, la limitación o el castigo. Los presos han perdido su libertad. Están confinados por circunstancias de las que no pueden escapar. Sin embargo, Zacarías habla de personas que están presas, no por el temor o la vergüenza, sino por la esperanza misma. Es una de las descripciones más hermosas del pueblo de Dios que se encuentran en todo el Antiguo Testamento.

Para apreciar plenamente esta promesa, debemos entender su contexto histórico. Zacarías ministraba a una nación que había experimentado una pérdida tremenda. Jerusalén había sido destruida. El templo había quedado reducido a escombros. Las familias habían soportado el exilio, la humillación y años de incertidumbre. Desde una perspectiva humana, tenían toda razón para creer que sus mejores días habían quedado atrás. Sin embargo, en medio de esa temporada desalentadora, Dios declaró que su pueblo ya no era prisionero de sus circunstancias. Ahora eran presos de la esperanza. Su futuro ya no lo determinaría lo que les había sucedido, sino lo que Dios les había prometido.

Esta verdad habla directamente a todo creyente que alguna vez se ha sentido atrapado por la desilusión. Muchas personas se convierten en prisioneras de algo, pero no todas las prisiones están hechas de barrotes de acero. Algunas se construyen con temor. Otras se construyen con culpa, amargura, ansiedad, adicción o recuerdos dolorosos. Algunas personas se despiertan cada mañana presas del arrepentimiento, repitiendo constantemente errores que no pueden deshacer. Otras están presas de la opinión de la gente, creyendo que nunca serán más de lo que alguna vez alguien dijo de ellas. Otras más se convierten en prisioneras de un diagnóstico médico, convencidas de que el informe del médico ha escrito el capítulo final de su vida.

Al enemigo le encanta construir estas prisiones invisibles porque nos convencen de que nada va a cambiar. Nos hacen esperar el fracaso en lugar del avance, la derrota en lugar de la victoria, y la desilusión en lugar de la bendición. Con el tiempo, estas mentiras se vuelven tan familiares que comienzan a sonar como verdad. Una persona puede estar completamente perdonada por Dios y aun así seguir viviendo como si todavía estuviera encarcelada espiritualmente.

Pero Dios ofrece otro tipo de encarcelamiento.

Un preso de esperanza es alguien que se ha convencido tanto de las promesas de Dios que se niega a rendirse ante la desesperación. Sus circunstancias quizás no hayan cambiado todavía, pero su expectativa sí. Están cautivos por la certeza de que Dios es fiel. Creen más en sus promesas que en sus problemas. Su confianza ya no está anclada en lo que pueden ver, sino en lo que Dios ha hablado.

Este tipo de esperanza no es optimismo ni pensamiento positivo. La esperanza bíblica es una expectativa confiada, arraigada en el carácter de Dios. Es la seguridad de que, porque Dios ha hablado, cumplirá su palabra sin importar cuán imposible parezca la situación.

Abraham vivió con este tipo de esperanza. Romanos nos dice que él "creyó en esperanza contra esperanza" (Romanos 4:18). El razonamiento humano no le daba ninguna razón para esperar un hijo. Su cuerpo era viejo, el vientre de Sara era estéril, y toda circunstancia natural declaraba que la promesa jamás podría cumplirse. Sin embargo, Abraham eligió convertirse en preso de la promesa de Dios en lugar de preso de las limitaciones humanas. Su fe estaba anclada en la capacidad de Dios y no en la suya propia.

José también vivió como preso de la esperanza. Traicionado por sus hermanos, vendido como esclavo, falsamente acusado y olvidado en la cárcel, fácilmente pudo haberse convertido en preso de la amargura. En cambio, continuó confiando en que Dios estaba dirigiendo su vida incluso cuando no podía entender sus métodos. Años después, de pie frente a los mismos hermanos que lo habían traicionado, José pudo declarar con honestidad:

> *Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien.*
>
> **Génesis 50:20, RVR60**

Solo alguien que se ha convertido en preso de la esperanza puede hacer una declaración así.

El pastor Tisdale contrastó hermosamente estas dos prisiones. Le recordó a la congregación que ya no somos prisioneros de la adicción, la vergüenza, el temor o la desesperación. Por medio de Cristo, hemos entrado en una fortaleza completamente distinta. Ahora nos sostienen las promesas de Dios. Estamos rodeados de su fidelidad. Estamos asegurados por su pacto. La prisión ha cambiado. En lugar de estar atrapados por lo que el enemigo ha hecho, somos capturados por lo que Dios ha declarado sobre nuestra vida.

Quizás la parte más alentadora de la promesa de Zacarías se encuentra en sus palabras finales: "os restauraré el doble." A lo largo de las Escrituras, "el doble" a menudo representa una restauración que excede lo que se perdió. Dios no solo promete supervivencia; promete restauración. Se deleita en tomar temporadas de sufrimiento y producir un testimonio mayor. Transforma cenizas en belleza, luto en gozo y desesperación en alabanza. El enemigo puede robar años, pero Dios sabe cómo redimir años. Sabe cómo restaurar lo que parecía perdido para siempre.

Esto no significa que todo creyente evitará las dificultades. Significa que las dificultades nunca tendrán la última palabra. La cruz misma prueba esta verdad. Lo que parecía la mayor victoria de Satanás se convirtió en el mayor triunfo de Dios. Si Dios pudo transformar el Calvario en la puerta de la salvación, ciertamente puede transformar los capítulos dolorosos de nuestra vida en testimonios que glorifican su nombre.

Como creyentes, debemos elegir continuamente en qué prisión vamos a vivir. ¿Permaneceremos presos del temor, la culpa, el resentimiento y la desilusión? ¿O nos convertiremos en presos de la esperanza, convencidos de que las promesas de Dios son mayores que nuestras circunstancias presentes?

La respuesta moldeará no solo cómo soportamos las luchas de hoy, sino también cómo anticipamos las victorias de mañana. Aquellos que se convierten en presos de la esperanza descubren que, incluso mientras esperan, ya son libres. Puede que todavía no vean cada promesa cumplida, pero saben que Aquel que hizo la promesa es fiel. Esa confianza les permite caminar hacia adelante con gozo, adorar en medio de la adversidad y declarar con fe inquebrantable que su historia no ha terminado porque Dios todavía no ha terminado.



SECCIÓN 8

Hay un sonido antes de que haya una tormenta

08

Cuando el servicio se acercaba a su fin, el pastor Azzolini añadió un pensamiento poderoso que complementó perfectamente el mensaje del pastor Tisdale. Le recordó a la congregación un versículo que muchas veces se cita de manera incorrecta. Muchos cristianos dicen: “Escucho el sonido de abundancia de lluvia.” Sin embargo, eso no es lo que Elías realmente dijo. Las Escrituras registran sus palabras así:

> *Y Elías dijo a Acab: Sube, come y bebe; porque una lluvia grande se oye.*
>
> **1 Reyes 18:41, RVR60**

La distinción puede parecer pequeña, pero conlleva un significado espiritual profundo. Elías no estaba describiendo lo que él personalmente escuchaba con sus oídos naturales. Estaba declarando una realidad espiritual antes de que hubiera evidencia visible de ella. No estaba cayendo lluvia. No había nubes oscuras llenando el cielo. La sequía que había devastado a Israel por más de tres años todavía persistía. Sin embargo, Elías declaró con confianza que había un sonido, porque la promesa de Dios ya estaba en movimiento.

Este es el lenguaje de la fe. La fe no espera hasta que el milagro sea visible para comenzar a hablar. La fe habla porque confía en Aquel que ya ha hablado. El mundo dice: “Lo creeré cuando lo vea.” Las Escrituras nos enseñan a creerlo antes de verlo, porque la Palabra de Dios es más segura que nuestras circunstancias.

Este principio aparece repetidamente a lo largo de la Biblia. Antes de que Josué marchara alrededor de Jericó, Dios declaró: “Mira, yo he entregado en tu mano a Jericó” (Josué 6:2). Las murallas todavía estaban en pie, las puertas todavía estaban cerradas, y la batalla aún no había comenzado, y sin embargo Dios habló de la victoria como si ya hubiera ocurrido. El cielo no esperó a que las murallas cayeran para anunciar el resultado.

De igual manera, cuando Dios llamó a Gedeón para liberar a Israel de los madianitas, se dirigió a él como “varón esforzado y valiente” (Jueces 6:12). Gedeón ciertamente no se sentía valiente. Estaba escondido en un lagar, abrumado por el temor y la inseguridad. Sin embargo, Dios le habló según lo que su gracia lograría y no según la condición presente de Gedeón.

El mismo principio es evidente en la vida de Abraham. Antes de que Isaac naciera, Dios cambió el nombre de Abram a Abraham, que significa “padre de multitud de naciones.” Cada vez que alguien pronunciaba su nombre, sin saberlo declaraba una promesa que todavía no se había hecho realidad. Las promesas de Dios a menudo comienzan como declaraciones mucho antes de convertirse en manifestaciones visibles.

El pastor Azzolini conectó esta verdad con otro pasaje importante del Nuevo Testamento. Pablo oró:

> *Para que la palabra del Señor corra y sea glorificada.*
>
> **2 Tesalonicenses 3:1, RVR60**

Explicó que muchos creyentes tratan la Palabra de Dios como si fuera solo un destino, dejando que se pose en su corazón sin nunca continuar más allá. Sin embargo, Pablo oró para que la Palabra corriera libremente, es decir, que continuara moviéndose a través de nuestra vida. La Palabra de Dios nunca fue diseñada para detenerse en nosotros; fue diseñada para fluir a través de nosotros hacia nuestras conversaciones, nuestras familias, nuestros trabajos y nuestras comunidades.

Por eso recuperar nuestra voz es tan importante. Un creyente silencioso interrumpe el curso de la Palabra de Dios. Podemos creer sus promesas por dentro, pero si nunca las declaramos, nunca animamos a otros con ellas, ni damos testimonio de su fidelidad, la Palabra ha encontrado un lugar de reposo, pero no un camino.

El enemigo entiende esto. Sabe que si logra silenciar al pueblo de Dios, puede limitar la propagación de la esperanza. Por eso tantos creyentes luchan por hablar palabras de fe sobre su propia vida. Ensayan continuamente sus temores en lugar de las promesas de Dios. Se vuelven expertos en describir la sequía mientras olvidan anunciar la lluvia que viene.

Las Escrituras demuestran repetidamente que el pueblo de Dios está llamado a hablar según sus promesas y no según sus problemas.

Ezequiel fue llevado a un valle lleno de huesos secos. La lógica humana decía que los huesos estaban más allá de todo remedio. Sin embargo, Dios le preguntó al profeta:

> *¿Vivirán estos huesos?*
>
> **Ezequiel 37:3, RVR60**

Luego Dios le dio a Ezequiel un mandato inusual:

> *Profetiza sobre estos huesos.*
>
> **Ezequiel 37:4, RVR60**

Dios no le pidió a Ezequiel que describiera la condición del valle. Le ordenó declarar la Palabra del Señor sobre lo que parecía sin esperanza. Mientras el profeta obedecía, comenzó a suceder lo imposible. Los huesos se juntaron. Apareció la carne. Entró el aliento. Un ejército se levantó donde antes reinaba la muerte.

¿Qué cambió?

Las circunstancias no habían cambiado cuando Ezequiel habló por primera vez. La Palabra de Dios simplemente entró en la situación antes de que apareciera la evidencia.

Este mismo principio se aplica a nuestra vida hoy. Hay momentos en los que nuestros matrimonios todavía no lucen restaurados, nuestros hijos todavía no han regresado a Dios, nuestras oraciones todavía no han sido respondidas, y nuestras circunstancias permanecen dolorosamente sin cambiar. Durante esas temporadas, la fe no niega la realidad, pero tampoco se rinde ante ella. La fe sigue declarando las promesas de Dios porque su carácter permanece fiel aun mientras esperamos.

Esto es exactamente lo que el pastor Tisdale había estado enseñando a lo largo del sermón. El enemigo quiere robarnos la visión para que dejemos de ver lo que Dios ha prometido. Luego quiere robarnos la voz para que dejemos de declarar lo que Dios ha prometido. Pero Jesús restaura ambas cosas. Abre nuestros ojos para que podamos ver a través de los lentes de la fe, y abre nuestra boca para que podamos declarar lo que el cielo ya ha hablado.

Como creyentes, debemos aprender a hablar con confianza, no porque ignoremos la realidad, sino porque conocemos al Dios que gobierna sobre la realidad. Declaramos sanidad porque Cristo es nuestro Sanador. Declaramos restauración porque Cristo es nuestro Redentor. Declaramos esperanza porque Cristo ha conquistado la muerte misma.

Mucho antes de que comience a caer la lluvia, ya hay un sonido en el corazón de la fe. Mucho antes de que el milagro se haga visible, el cielo ya ha hablado. La pregunta no es si Dios es fiel. La pregunta es si nosotros continuaremos declarando sus promesas hasta que lo que Él ha hablado finalmente se convierta en lo que veamos.

SECCIÓN 9

Nuestro mayor llamado es llevar personas a Jesús

09

Cuando leemos Mateo 12, es fácil concentrar toda nuestra atención en el milagro. Después de todo, Jesús liberó a un hombre poseído, abrió ojos ciegos y restauró la capacidad de hablar. Sin embargo, antes de que ocurriera cualquiera de esos milagros, otro acto de compasión se desarrolló silenciosamente en el trasfondo. Alguien se preocupó lo suficiente como para llevar a ese hombre quebrantado a la presencia de Cristo. Sin ese acto de amor, el milagro registrado en las Escrituras quizás nunca hubiera ocurrido.

Mateo simplemente dice:

> *Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo.*
>
> **Mateo 12:22, RVR60**

Las personas que trajeron a este hombre permanecen anónimas. Las Escrituras nunca nos dicen cuántas eran, cuáles eran sus ocupaciones, ni si tenían alguna posición especial dentro de la sinagoga. Nunca reciben reconocimiento público, y sin embargo el cielo registra su acto de compasión para que todas las generaciones lo lean. Entendieron algo que todo discípulo de Jesús debe entender: nuestra mayor responsabilidad no es solamente experimentar a Cristo nosotros mismos, sino llevar a otros a su presencia.

Este siempre ha sido el método de Dios para alcanzar al mundo. A lo largo de las Escrituras, Él obra constantemente a través de personas comunes que están dispuestas a guiar a otros hacia Él. Andrés llevó a Pedro ante Jesús antes de que Pedro predicara en Pentecostés. Felipe llevó a Natanael. La mujer samaritana regresó a su ciudad e invitó a todos los que conocía a venir a conocer al Mesías. Incluso después de que Jesús ascendió al cielo, la iglesia siguió creciendo porque creyentes comunes llevaron noticias extraordinarias a dondequiera que iban.

La Gran Comisión misma refleja este llamado.

> *Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos… enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado.*
>
> **Mateo 28:19-20, RVR60**

Note que Jesús no simplemente ordenó a sus seguidores volverse creyentes más fuertes. Les ordenó convertirse en hacedores de discípulos. El cristianismo nunca fue diseñado para detenerse en nosotros. Cada bendición que recibimos es también una responsabilidad que estamos llamados a compartir.

Esta es una de las razones por las que Dios nos permite atravesar temporadas difíciles. Aunque ciertamente usa las pruebas para fortalecer nuestra propia fe, también nos prepara para ministrar a otros que un día enfrentarán batallas similares.

Pablo explica esto hermosamente en su segunda carta a los corintios:

> *El cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación.*
>
> **2 Corintios 1:4, RVR60**

Dios rara vez desperdicia nuestro dolor. El consuelo que recibimos hoy a menudo se convierte en el ánimo que alguien más necesitará desesperadamente mañana.

Eso es exactamente lo que el pastor Tisdale retó a la congregación a asumir. Nos recordó que no hemos sido llenos del Espíritu Santo simplemente para disfrutar las bendiciones de Dios. Hemos sido capacitados para ponernos en la brecha por aquellos que todavía no pueden ver una salida. Hay personas a nuestro alrededor que están espiritualmente ciegas, emocionalmente agotadas e incapaces de encontrar las palabras para pedir ayuda. Algunos son nuestros familiares. Otros son compañeros de trabajo, vecinos, compañeros de clase, o incluso personas sentadas a pocos asientos de nosotros en la iglesia. Pueden parecer bien por fuera mientras cargan en silencio pesos insoportables. A veces todo lo que necesitan es que alguien esté dispuesto a tomarlos de la mano y decirles: “Vamos a Jesús.”

Este llamado requiere sensibilidad espiritual. No todo el que necesita ayuda la pedirá. El orgullo, el temor, la vergüenza o el desánimo a menudo impiden que las personas expresen lo que realmente están viviendo. Jesús notaba constantemente a personas que otros pasaban por alto. Vio a Zaqueo escondido en un árbol. Notó a la viuda que colocaba dos pequeñas monedas en el tesoro. Escuchó al ciego Bartimeo clamar por encima de la multitud. Reconoció a la mujer que tocó silenciosamente el borde de su manto. Cristo siempre estuvo atento al dolor silencioso de quienes lo rodeaban.

Como sus discípulos, estamos llamados a desarrollar esa misma sensibilidad. Deberíamos convertirnos en personas que notan cuando alguien comienza a retirarse de la comunión, cuando la adoración se vuelve más callada, cuando el gozo desaparece de un rostro conocido, o cuando alguien comienza silenciosamente a cargar un peso que nunca debió llevar solo. El ministerio a menudo comienza mucho antes de que hablemos. Comienza al prestar atención.

Esto también cambia la manera en que medimos el éxito en el Reino de Dios. El mundo celebra los títulos, el reconocimiento y la influencia. El Reino de Dios celebra la fidelidad. Las personas anónimas de Mateo 12 nunca realizaron el milagro. Simplemente llevaron a alguien ante Jesús. Sin embargo, sin su compasión, no habría habido milagro que celebrar. El cielo valora la fidelidad mucho más que la visibilidad.

Esa verdad debería animar a todo creyente. No todos están llamados a predicar detrás de un púlpito, liderar una congregación o viajar como evangelistas. Pero todo seguidor de Cristo puede orar con alguien, animar a alguien, invitar a alguien a la iglesia, enseñar un estudio bíblico, o simplemente caminar junto a una persona herida hasta que ella misma se encuentre con Jesús. A veces el milagro más grande en el que participaremos es presentarle a alguien al Salvador.

Al reflexionar sobre este pasaje, quizás la pregunta más importante no sea: “¿Quién me trajo a Jesús?,” aunque muchos de nosotros podamos responder eso con gratitud. La pregunta más grande es: “¿A

quién estoy llevando a Jesús ahora?”

A todo creyente redimido se le ha confiado esta responsabilidad. Alguien alguna vez oró por nosotros. Alguien nos invitó. Alguien nos enseñó pacientemente la Palabra de Dios. Alguien se negó a rendirse con nosotros cuando todavía no podíamos ver lo que Dios quería hacer en nuestra vida. Ahora nos toca a nosotros extender esa misma gracia a otros.

El milagro de Mateo 12 nos recuerda que las vidas se transforman cuando las personas son llevadas a la presencia de Cristo. Nosotros no podemos abrir ojos ciegos. No podemos expulsar la esclavitud. No podemos restaurar corazones quebrantados con nuestras propias fuerzas. Pero podemos llevar fielmente a las personas hasta Aquel que sí puede. Y cuando lo hacemos, nos convertimos en parte de la hermosa obra redentora de Dios, viéndolo restaurar la visión, devolver las voces y reescribir historias para su gloria.



CONCLUSIÓN

Jesús todavía restaura la visión, la voz y la victoria

10

El milagro registrado en Mateo 12 es mucho más que la historia de la liberación de un hombre. Es un cuadro del evangelio mismo. Cada uno de nosotros, de una manera u otra, ha experimentado lo que este hombre experimentó. Antes de que Cristo nos encontrara, estábamos espiritualmente ciegos, incapaces de percibir plenamente la verdad del Reino de Dios. Estábamos atados por el pecado y no podíamos librarnos a nosotros mismos. Nuestra voz, creada en un principio para adorar a Dios y proclamar su bondad, había sido silenciada por el temor, la vergüenza, la culpa o la desesperación. Dejados a nuestra propia suerte, no podíamos rescatarnos. Necesitábamos a alguien más grande que nuestra esclavitud.

Precisamente por eso vino Jesús.

A lo largo de su ministerio terrenal, Jesús demostró constantemente que ninguna cadena era demasiado fuerte, ninguna oscuridad demasiado profunda y ninguna vida demasiado quebrantada para su poder transformador. Dondequiera que caminaba, los cautivos encontraban libertad, los ciegos recibían la vista, los desesperanzados descubrían esperanza, y aquellos a quienes la sociedad había descartado encontraban un nuevo comienzo. El mismo Cristo que se puso delante de aquel hombre poseído, ciego y mudo sigue poniéndose hoy delante de cada vida quebrantada, con la misma autoridad y la misma compasión.

Una de las verdades más hermosas de este pasaje es que Jesús no solo quitó la esclavitud del hombre; restauró todo lo que el enemigo le había robado. Sus ojos se abrieron. Su voz regresó. Su testimonio comenzó. Lo que Satanás había querido silenciar se convirtió en otro testigo de la gloria de Dios. Este siempre ha sido el patrón de Dios. Él se deleita no solo en rescatar a las personas de las tinieblas, sino en transformar sus vidas en testimonios vivos de su gracia.

A lo largo de este estudio hemos visto que el enemigo sigue una estrategia predecible. Busca cegar nuestra visión espiritual para que no reconozcamos las promesas de Dios. Busca silenciar nuestra voz para que dejemos de declarar la fidelidad de Dios. Nos aísla del cuerpo de Cristo, esperando que el secreto fortalezca nuestra esclavitud. Constantemente nos recuerda nuestros fracasos, intentando convencernos de que nuestro pasado siempre definirá nuestro futuro. Pero cada una de esas estrategias es derrotada en la presencia de Jesús. Cristo abre ojos cegados, restaura corazones quebrantados, devuelve voces robadas, reemplaza la vergüenza con gracia, y le da a su pueblo redimido un testimonio que ningún poder del infierno puede borrar.

Este milagro también nos recuerda que nuestra responsabilidad no termina con nuestra propia liberación. Alguien llevó a este hombre ante Jesús porque se negó a dejarlo atrapado en su condición. Ese mismo llamado ahora nos pertenece a nosotros. A todo creyente se le ha confiado el privilegio de ayudar a otros a encontrar al Salvador. Algunas personas todavía no pueden ver esperanza para sí mismas. Otras han olvidado cómo orar. Algunas han sido silenciadas por años de desilusión o dolor. Dios nos ha colocado estratégicamente en sus vidas para que podamos extender una mano de compasión y decir: “Ven conmigo. Vamos a Jesús.”

Quizás el mayor reto que presenta esta lección no es si creemos que Jesús todavía hace milagros. La mayoría de los creyentes responderían esa pregunta sin dudar. La pregunta más grande es si le estamos permitiendo restaurar nuestra propia visión y nuestra propia voz. ¿Nos hemos enfocado tanto

en nuestras circunstancias que ya no vemos las promesas de Dios? ¿Han reemplazado el temor y la desilusión las palabras de fe con palabras de derrota? ¿Hemos permitido que la vergüenza nos mantenga en silencio cuando Dios nos está llamando a dar testimonio de su bondad? ¿Nos hemos convertido en presos de nuestro pasado en lugar de presos de la esperanza?

La buena noticia es que Jesús todavía hace hoy lo que hizo en Mateo 12. Todavía libera. Todavía sana. Todavía restaura. Todavía da esperanza donde la desesperación había echado raíces. Todavía reemplaza las mentiras con verdad y el temor con fe. Y lo más importante, todavía le devuelve la voz a su pueblo redimido.

Que salgamos de este estudio con ojos que una vez más vean a través de las promesas de la Palabra de Dios. Que nuestra boca vuelva a declarar su fidelidad con valentía. Que nuestras vidas se conviertan en testimonios vivos que señalen a otros hacia Cristo. Y que nunca olvidemos que el enemigo no tiene la última palabra sobre nuestra historia.

Jesús sí la tiene.

Porque ya no somos presos del temor, la vergüenza o el fracaso. Por la gracia de Dios, nos hemos convertido en presos de la esperanza. Somos los redimidos del Señor. Por lo tanto, veamos de nuevo, hablemos de nuevo y declaremos con valentía la bondad de Aquel que nos ha redimido de la mano del enemigo.

PREGUNTAS DE REFLEXIÓN

Recuperando la visión, la voz y la victoria



1. Ceguera espiritual y visión

La estrategia del enemigo en Mateo 12 fue cegar al hombre antes de silenciarlo. ¿En qué áreas de tu vida las circunstancias, las desilusiones o los temores han nublado tu capacidad de ver las promesas de Dios? ¿Qué pasos prácticos puedes tomar esta semana para renovar tu visión espiritual a través de la Palabra de Dios?

2. Recuperando tu voz

Esta lección enseña que Jesús restaura no solo nuestra visión, sino también nuestra voz. ¿Qué ha estado silenciando tu fe últimamente? ¿Es el temor, la vergüenza, el desánimo, la desilusión, o alguna otra cosa? ¿Cómo se vería que comiences a hablar las promesas de Dios sobre tu situación en lugar de hablar tus circunstancias?

3. Viviendo en comunidad auténtica

Santiago enseña que la sanidad está conectada con la confesión y la oración, no con el aislamiento. ¿Por qué crees que a los creyentes a menudo les resulta difícil ser vulnerables con hermanos y hermanas de confianza en Cristo? ¿Cómo puede nuestra iglesia convertirse en un lugar donde las personas experimenten restauración en lugar de condenación?

4. Presos de la esperanza

Zacarías llama al pueblo de Dios "presos de esperanza." ¿Qué es más fácil convertirse en temporadas difíciles: preso del temor o preso de la esperanza? Comparte un momento en el que las promesas de Dios te dieron esperanza incluso antes de que tus circunstancias cambiaran. ¿Cómo fortaleció esa experiencia tu fe?

5. El poder de tu testimonio

Apocalipsis enseña que los creyentes vencen por la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio. ¿Cómo ha reescrito Dios tu historia? ¿Hay algún testimonio que has dudado en compartir y que podría animar a alguien más que está luchando con una batalla similar?

6. Llevando a otros a Jesús

El milagro de Mateo 12 comenzó porque alguien se preocupó lo suficiente como para llevar a un hombre herido ante Jesús. ¿A quién ha puesto Dios en tu vida que quizás necesite tus oraciones, tu ánimo, tu amistad o una invitación a Cristo? ¿Qué paso específico puedes dar esta semana para ayudar a acercar a esa persona a Jesús?

7. La última palabra

A lo largo de este estudio aprendimos que el enemigo quiere robarnos la visión, silenciar nuestra voz y definirnos por nuestro pasado, pero Jesús restaura nuestra vista, nuestro testimonio y nuestra identidad. Al mirar tu vida hoy, ¿qué área todavía se siente inconclusa? ¿Cómo te anima esta lección a confiar en que Jesús, no tu pasado, tu dolor ni el enemigo, tendrá la última palabra sobre tu historia?